

Desiguales e infelices

Wilkinson y Pickett muestran que la desigualdad económica perjudica a todas las clases sociales

DESIGUALDAD. UN ANÁLISIS DE LA (IN) FELICIDAD COLECTIVA. Richard Wilkinson y Kate Pickett

Traducción de Laura Vidal Turner. Madrid, 2009. 316 páginas. Precio 22€

JUSTO BARRANCO

LA VANGUARDIA - DINERO - 10.01.10

El título original de este ensayo resulta más positivo y quizá clarificador que el de su edición española: *The spirit level. Why more equal societies almost always do better*. Esto es, por qué a las sociedades con mayor igualdad les va mejor que al resto. Si hubo un momento que lo que tocaba básicamente era preguntarse por las causas de la riqueza de las naciones, como hizo Adam Smith - y en plena crisis la cuestión ha vuelto a la palestra-, hoy, en sociedades que han alcanzado un nivel de vida medio notable, la pregunta se ha ampliado desde el PIB hacia el grado real de felicidad social, con la aparición incluso de índices alternativos al Producto Interior Bruto. Y probablemente se ha desplazado de ese modo porque hay una percepción de que a estas alturas económicas las cosas deberían estar yendo bastante mejor, de que hace tiempo que el aumento del nivel de vida material no va aparejado con igual aumento de bienestar. Ese sentimiento y el gran incremento de las diferencias de ingresos entre ricos y pobres ocurrido en los últimos años podrían explicar la gran resonancia que ha tenido en el Reino Unido la publicación de *Desigualdad. Un análisis de la (in) felicidad colectiva*, con defensores a

ultranza y ácidos ataques que, si bien reconocen la validez de los datos, creen que equivocan las recomendaciones.

RICO Y OBESO.

El economista y epidemiólogo Richard Wilkinson y su compañera, la antropóloga Kate Pickett, han reunido un arsenal de datos que muestran que en los países ricos los efectos de la desigualdad, de las diferencias de renta, no afectan sólo a los más pobres, sino a todos los grupos sociales. Esto es, que si usted vive en EE.UU. o el Reino Unido, tendrá muchas más posibilidades de morir antes, ser obeso, recluso o víctima de un homicidio que un sueco o un japonés de su misma clase social. De hecho, explican, la tasa de enfermedades mentales en el conjunto de la población es cinco veces mayor en los países ricos más desiguales que en los menos desiguales. De igual manera, en las sociedades más desiguales los individuos tienen hasta cinco veces más probabilidades de ir a la cárcel y seis veces más de ser obesos o de verse envueltos en un homicidio. Como escribió John Donne, ningún hombre es una isla, y menos en cuanto a la igualdad se refiere.

La desigualdad, señalan a través de un estudio con muchas entrevistas personales que resultan más que reveladoras, se mete bajo la piel. Provoca estrés, ansiedad por el estatus, menor autoestima, inseguridad, narcisismo y vergüenza, autobombo en lugar de autocrítica. La desigualdad, dicen, afecta incluso al medio ambiente: después de todo, apuntan los autores, es fácilmente observable que incrementa la presión competitiva para consumir. Dicho de otra manera, aunque un potentado pueda pensar que compra cierto artículo de lujo porque sabe apreciar el detalle, lo que importa es lo que sus compras dicen en relación al resto. Y al resto, los artículos de segunda les hacen sentir ciudadanos de

segunda. A medida que se acentúa la desigualdad, más nos esforzamos por mantenernos a la altura.

'ÉGALITÉ'.

En cualquier caso, para Wilkinson y Pickett estos datos resitúan un debate antiquísimo. Ahí estaban ya la libertad, igualdad y fraternidad de la Revolución Francesa, con la igualdad como condición previa para las otras dos. Pero ahora sabemos, dicen, que aumentar el grado de igualdad -que no hacer igual a la gente- es un proyecto que interesa a todos, tanto para mejorar la calidad de vida como para llegar a sociedades más sostenibles y sociables. El asunto, claro, es cómo se alcanza mayor igualdad. Los autores sugieren aprovechar las economías de escala de las nuevas tecnologías o fomentar la propiedad participada, las cooperativas -incluso mencionan la vasca Mondragón-. Reconocen, en todo caso, que el camino está abierto y que lo que hay que tener claro es la meta. Y aunque en ese punto, ya al final, el libro se vuelve algo mesiánico, con la igualdad convertida en panacea de todo mal, no es menos cierto que la reflexión resulta ineludible.